

ADIÓS AL PRODUCTO INTERNO BRUTO

Darío Valencia Restrepo

www.valenciad.com

Durante unos setenta años, el producto interno bruto (PIB) ha sido considerado el índice económico estándar para medir el tamaño económico de un país, a la vez que su crecimiento anual como una señal de desarrollo económico. Fue inventado en 1937 por un economista de los Estados Unidos, Simon Kuznets, con el fin de resumir en un número toda la producción económica, valorada según precios de mercado, de las empresas, los individuos y el gobierno. En otras palabras, ese número estima el valor de todas las transacciones legales desde el punto de vista financiero, con la pretensión de indicar si las cosas van bien o mal.

Tanto el mismo Kuznets como John Maynard Keynes advirtieron que esa herramienta era apenas una medida parcial del bienestar de una nación. Keynes lo hizo durante la conferencia de Bretton Woods, después de la cual el índice en cuestión sería aceptado internacionalmente. Pero Robert Kennedy, ya desde 1968, lanzó un embate contra el PIB al señalar que el mismo incluía la destrucción de las secoyas; el costo de fabricar napalm y cabezas nucleares; los programas de televisión que glorifican la violencia... Y que no mide la salud de los niños o la calidad de su educación, la belleza de la poesía, la integridad de los funcionarios... Es decir, “mide todo excepto aquello que hace grata la vida”.

Hoy es posible medir los costos sociales y ambientales que resultan del crecimiento del PIB, así como su efecto sobre la distribución del ingreso. Por ejemplo, en 1950 se introdujo un indicador de progreso real, el IPR, compuesto por más de 20 variables que no son tenidas en cuenta por el PIB y que son medidas en términos monetarios con el fin de sumar o restar, según el caso, al total de los gastos individuales de consumo, componente este último muy importante del PIB. Dicho indicador evalúa el trabajo doméstico y el voluntariado, el agotamiento de los recursos naturales, la reducción de la jornada de trabajo y el ocio, la implicación económica de la obsolescencia programada de productos, etc. Dado el aumento de la desigualdad en el mundo, y su importante correlación con diferentes males sociales, el IPR eleva más el valor del bienestar cuando una unidad monetaria de ingreso es recibida por un pobre que cuando la misma se dirige a una persona rica.

Para dar una idea sobre las diferencias entre el PIB y el IPR, basta citar un reciente artículo de Ida Kubiszewska y otros, aparecido en el volumen 93 de la revista *Ecological Economics*, en el cual se muestra que el PIB mundial se ha más que triplicado desde 1950, en tanto que el IPR viene decreciendo desde 1978.

En 1972 surgió con notoriedad la variable felicidad cuando el rey de Bután declaró que su objeto no era aumentar el PIB sino la FNB, la “Felicidad Nacional Bruta”. Se han puesto de moda las encuestas sobre la apreciación subjetiva en términos cuantitativos de la felicidad por parte de los habitantes de un país, encuestas cuya comparación entre naciones parece poco confiable si se observa que los colombianos aparecemos siempre en los primeros lugares de la tabla.

El pasado 14 de enero la revista Nature publicó un importante artículo sobre las grandes limitaciones del PIB (buscar en internet el número 7483), en el cual menciona la necesidad de crear un sucesor del PIB mediante un esfuerzo interdisciplinario que obtenga consenso. Allí se señala que un candidato proviene del establecimiento por parte de las Naciones Unidas de los Objetivos de Desarrollo Sostenible, un proceso en marcha desde el 2000 que va a reemplazar las metas del milenio de esta organización. Se incluyen ocho objetivos básicos, entre los cuales se cuentan la erradicación de la pobreza extrema, la implantación de la educación primaria universal, la igualdad de género y la sostenibilidad ambiental.

Periódico El Mundo
Medellín, Colombia, 4 de febrero de 2014